

ISIAH LEMONDE

85

CONNOR RILEY

68

ALEJANDRO VIDAL

97

CADY FAZIO

71

IMANI LEMONDE

92

DIEGO LANDIS

NO  
PUNTUADO

# LA PUNTUACIÓN

LAUREN MCLAUGHLIN

ANIL HANESH

96

«ESTA NOVELA  
HARÁ AFLORAR  
EL REBELDE  
QUE TODOS  
LLEVAMOS  
DENTRO.»  
SCOTT WESTERFELD

CHIARA HISLOP

98

DESTINO

# 1

## Un grupo aparte

Somerton era pobre, pero contaba con la puntuación, y llevaba veintiún años contando con ella. Era una ciudad de prueba, que había firmado cuando Score Corp aún estaba haciendo tests beta del software y ofrecía gratis sus servicios, que incluían las cámaras inteligentes u «ojos», como los llamaban los jóvenes. Eran esferas de un negro brillante de unos cinco centímetros de diámetro, que colgaban de las farolas y las ramas de los árboles como bolas de Navidad. No estaban ocultas; no era ésa la idea. Se suponía que debías saber dónde estaban y comportarte de acuerdo con ello.

En ese momento, los ojos observaban a Imani LeMonde mientras ésta volvía a casa caminando desde el instituto. Hacía mucho frío para ser mayo. El flujo del tráfico en el Viaducto le escupía agua helada a los tobillos. A pesar del frío, Imani se detuvo durante un momento para contemplar el embarcadero de su familia, detrás de Farnham's Clam Shack. Era temporada baja, así que sólo los botes de trabajo estaban anclados allí: un puñado de barcos de pesca de langosta y varios remolcadores des-

vencijados, aferrados a un malecón en las mermadas aguas de la costa Norte.

La barca de segunda mano de Imani se hallaba escondida detrás del remolcador de Bill Reynolds. Una docena de barcos colgaban de caballetes en el patio, esperando a que su padre los preparara a tiempo para el día de la apertura. Pertenecían a los navegantes «recreativos», tipos ricos de otras ciudades que colapsaban el río con sus finas y estúpidas lanchas rápidas, y embarrancaban en la arena con risible predictibilidad. A Imani le habría gustado alegrarse que descendiera la cantidad de palurdos como éstos, que atracaban en su muelle cada temporada, pero con el declinar de los criaderos de almejas y la escasez de langostas, esos palurdos eran el sustento de los LeMonde.

Mientras Imani cruzaba el Viaducto bajo los ojos colgantes, no sabía con seguridad si el software podría captar esos pensamientos tan poco agradecidos. El software era increíblemente listo. Los ojos no estaban equipados con audio, pero el software podía leer los labios, analizar la expresión del rostro e identificar a una persona por la forma de andar. Con el mero hecho de cruzar el Viaducto y pensar, Imani le estaba proporcionando los datos que necesitaba para generar su puntuación. Pero Imani también llevaba la pulsera, que le medía el pulso y transmitía su localización al software todos los segundos, todos los días, por si se salía del alcance de los ojos. La pulsera era un regalo de Score Corp; su recompensa por puntuar por encima de ochenta. Estaba hecha de un metal negro y opaco que le rodeaba la muñeca y le sobresalía un poco bajo la manga. Tenía una conectividad rápida como el rayo, y una capacidad ilimitada de datos. Imani la usaba en lugar del móvil. Era una de las cosas que diferenciaban de forma visible a los de puntuación alta de los de baja. Su reluciente pantalla táctil estaba llena de huellas de

dedos, e Imani tenía la manía de limpiarla en la pernera del pantalón, cosa que hizo en ese momento; sólo después de hacerlo se dio cuenta de que el software sabría exactamente cómo interpretar ese gesto, incluso si ella no lo sabía.

Cuando Imani llegó a la arena prensada de Marina Road, el ruido del tráfico del Viaducto dio paso al tranquilo susurro de los juncos de la marisma. Imani se detuvo un momento para saborear ese sonido. Allí no había ojos. Marina Road era privada; hacía cuatro generaciones que pertenecía a su familia.

Imani sabía que la puntuación existía para ayudar a la gente como ella, y que, sin ella, sus perspectivas serían sin duda muy grises. En Somerton escaseaban los empleos, y el embarcadero de su familia casi no bastaba para mantenerlos a flote. La puntuación era «el gran igualador», e Imani sabía que, como ella era una «alta», estaba situada para poder beneficiarse al más alto nivel. Pero siempre respiraba más tranquila cuando llegaba a esos juncos de las marismas. Marcaban la frontera de un lugar aparte, un territorio inadvertido.

Mientras alzaba la vista hacia los amplios arcos que formaban unas gaviotas que graznaban disputándose algún hallazgo, un aullido mecánico irrumpió entre los sonidos naturales. Era grave, insistente y más fuerte de lo necesario; resultaba fácil distinguirlo del zumbido de fábrica que hacían los otros vehículos. Ese rugido estaba hecho por encargo. Imani volvió al Viaducto y vio la fuente del rugido torciendo la esquina del 7-Eleven.

La Frankenescúter.

Era un completo trasto, una máquina de la muerte, la escúter mutante montada con piezas recuperadas de Hondas estropeadas; negro mate en partes, cromo abollado en otras, con

las soldaduras mostrándose como orgullosas cicatrices. El motor, también hecho de piezas recogidas entre la chatarra, era demasiado potente para el despedazado bastidor. Pero el trasto podía moverse, que era exactamente lo que le gustaba a Cady Fazio, la mejor amiga de Imani.

Cady e Imani no deberían ser amigas. Imani tenía una puntuación de 92. La de Cady era de 71, e iba bajando. Eso las colocaba en dos grupos diferentes de puntuación. Pero en el colegio, cuando ambas tenían más de noventa, habían hecho un pacto: fuera cual fuese su puntuación, siempre seguirían juntas. Aunque eso era una infracción grave de los grupos, habían cumplido su pacto. En el instituto practicaban todos los rituales de elusión, pero en privado eran un grupo aparte.

Cady ni redujo velocidad ni señaló el giro hacia Marina Road, una infracción que captó el ojo sobre el elefante de piedra de Abruzzi Antiques. Imani podía imaginarse perfectamente al ojo enviando las imágenes a Score Corp para rebajar a toda prisa la puntuación de Cady.

Y, por asociación, la de Imani.

Cady dirigió la Frankenescúter hacia su lugar favorito, luego aceleró y se metió en el arcén de Marina Road. Tomó aire un segundo antes de derrapar alrededor de Imani en un torbellino arenoso de cuero de segunda mano y metal abollado.

—Lo tengo —dijo Cady—. Sube.

Imani obedeció, y Cady condujo por la larga franja de Marina Road, con el rugido del motor cada vez más feroz al ir ganando velocidad.

Imani sólo se sentía realmente libre cuando iba de paquete en la Frankenescúter o al timón de su barco. Con el viento azotándole el rostro, disfrutaba de la excitación del movimiento. El que su pulsera enviara la infracción de velocidad al software, lo

que le restaría fracciones de puntos, era algo de lo que ya se preocuparía más tarde.

En el amarradero de Imani, inclinaron el motor de la barca fuera del agua para que Cady pudiera examinarle las entrañas.

—Por favor, no lo rompas —dijo Imani.

Cady se echó a reír, y luego se apartó de los ojos el cabello, que era estirado como un palo y del color del trigo. Cady siempre estaba jugando con su cabello, metiéndoselo detrás de las orejas o recogidoselo de cualquier manera en una coleta.

En la lotería del pelo, a Imani le había tocado el afro de su padre, que se recogía en una larga trenza para evitar líos. A su hermano de catorce años, Isiah, le habían tocado las ondas de color caoba de su madre, que se cortaba a cepillo; de su madre, Imani había heredado las pecas, sólo unas cuantas sobre el puente de la nariz.

—Hay tantas cosas que van mal en este motor... —comentó Cady—. Sin querer ofender a tu padre.

El padre de Imani había construido la barca, un trabajo hecho con restos, igual que la escúter de Cady. Por esa razón la llamaban Frankenbote.

Cady sacó del motor una placa de circuito impreso y la substituyó por otra un poco más grande. Imani sabía poco de motores. Su padre era el mecánico de la familia. Cady había aprendido casi todo lo que sabía acompañándolo mientras él trabajaba, pasándole las herramientas y haciéndole recados, hasta convertirse en algo así como su ayudante sin paga. Cuando Cady empezó a interesarse por las escúteres, se fue a Gray's Auto, para ayudar a los mecánicos de allí a cambio de recambios gratis. Ese

tipo de trueque era corriente en Somerton. El efectivo de sobra, mucho menos.

—¿Vas a revisar las trampas hoy? —preguntó Cady.

—Si consigues volver a montar el motor.

La camioneta del señor LeMonde entró en el solar.

—Deberías empezar a pensar en las formas de agradecerme esto —dijo Cady con una sonrisa chulesca.

Imani ya había pensado en ello. Iba a darle a Cady lo que cogiera ese día, si el nuevo motor funcionaba.

El padre de Imani salió de la camioneta y las saludó con la mano. Luego, incapaz de resistirse a mirar el trabajo de otro mecánico, se acercó para inspeccionarlo.

—No olvida el límite de velocidad —dijo—. ¿Verdad, señorita Fazio?

Cady siguió con la nariz en el motor.

—En mar abierto, no lo hay.

El señor LeMonde se unió a ellas en el muelle y se agachó para ver mejor, con sus oscuras manos tan manchadas de aceite que parecían de camuflaje. El padre de Imani y Cady hablaban un idioma privado de placas de circuitos y electrónica, de temporizadores y transmisiones, que estaba muy lejos de ser el fuerte de Imani. Según las pruebas realizadas por Score Corp cuando tenía ocho años, Imani no tenía aptitud para la mecánica. Su talento estaba en otra parte: en las humanidades y las ciencias puras. Imani no dudaba de que el software fuera más listo que ella, pero no tenía ninguna intención de dedicarse a las humanidades. Ya le bastaba con la especie humana que había en la escuela. Prefería los peces y los crustáceos, y ya hacía tiempo que había decidido dedicarse a la biología marina.

Cuando Cady acabó de trastear en el motor, Imani lo volvió a bajar al agua, esperó a que Cady ocupara su puesto en la proa,

y luego desatracó. Notó de inmediato la diferencia en el motor. Tenía más ánimo, e incluso sonaba diferente, como un motor de gasolina de las películas antiguas.

—¡No hagáis el tonto ahí fuera! —le gritó su padre mientras salían marcha atrás del amarradero—. Cuidado con los bajíos.

—¡Conozco los bajíos! —le devolvió el grito Imani.

Guió el bote con calma fuera del puerto y hasta la boca del río Somerton. Cuando pasaron ante Farnham's Clam Shack, una anciana pareja, que compartía un plato de almejas, los saludó con la mano desde detrás de la ventana ensuciada por las gaviotas. Las chicas le devolvieron el saludo. Cuando estuvieron más allá de la pareja, y al ver que no había más botes, Imani puso a prueba el motor. No tardó nada en ponerse a sesenta y cinco kilómetros por hora, lo que antes había sido su límite absoluto. Imani lo apretó un poco más y, al poco, estuvieron a setenta y cinco, y luego setenta y siete, que, en los confines del río, con la marea saliendo y los bancos de lodo alzándose a ambos lados, parecía como ir a cien.

Cady estaba sentada a la proa, con el viento en el rostro, y cuando se volvió a mirar a Imani para que ésta reconociera su talento, el cabello le envolvió la cara como los tentáculos de un calamar. Siempre se olvidaba de coger una cinta de pelo, e Imani siempre tenía una de más en el bolsillo de su abrigo; en ese momento se la pasó.

—¡Las langostas son tuyas! —le gritó Imani por encima del ruido del motor.

Cady sonrió con esa confianza que llevaba tan bien.

—¡Es un placer hacer negocios contigo, Imani LeMonde!

—¡Lo mismo digo!

Entraron en los estrechos márgenes detrás de Goodwell's Fish House, e Imani redujo la velocidad, aunque continuó yen-



do más de prisa que de costumbre. El motor parecía ir más alegre por encima de setenta, ¡y qué ruido hacía! Antiguo y analógico; sonaba a mecánico más que a electrónico. ¡A Imani le encantaba!

Salieron de los estrechos márgenes, e Imani le volvió a dar más marcha al motor. El agua estaba un poco rizada, y siempre que saltaban por el aire, Cady gritaba encantada. Imani viró y dio una vuelta completa, puso la barca marcha atrás e hizo un par de círculos; lo suficiente para darle un poco de rodaje al motor antes de empezar con las trampas.

El padre de Imani mantenía el bote del inspector de langostas en perfecto estado durante todo el año y, como pago, los Le-Monde podían tener tres trampas en el río sin pagar nada. Imani era la responsable de comprobarlas. Lo hacía desde que tenía once años. Si las cosas se ponían realmente mal en el puerto, lo que siempre era una amenaza, Imani estaba segura de que podría alimentar a la familia con lo que atrapaba, cogía y sacaba. Como la mayoría de los comercios habían cerrado, los que quedaban tenían poca competencia.

Las primeras dos trampas estaban vacías, así que Imani enfiló el Frankenbote hacia Corona Point, un acantilado rocoso azotado por las turbulentas aguas del canal. Imani tenía la trampa justo fuera de la boca del río, donde estaba a salvo de los navegantes novatos, que siempre infravaloraban el poder de esas corrientes. Rodeó la trampa, puso el bote marcha atrás y fue tirando de ella. Cady agarró la trampa y la sacó del agua usando ambas manos, como Imani le había enseñado.

Imani siempre dejaba que Cady se ocupara de las langostas, porque Cady estaba muy orgullosa de haber superado el miedo que les tenía. Había habido un tiempo en el que Cady hiperventilaba con sólo mirar a Imani cogiendo las langostas.

Para Imani, eso era la prueba de que se podía superar incluso el más primario de los instintos, si se intentaba de verdad.

Cady engomó las langostas con mano experta, las metió en una nevera y luego se tumbó y estiró los brazos por la borda del bote.

—Me siento como si debiéramos bebernos una cerveza —dijo—. ¿No es eso lo que hacen los pescadores de langostas?

—Sí. Beber cerveza, maldecir y quejarse de sus esposas. ¿Quieres que anchemos y flotemos un rato?

Cady entrecerró los ojos para mirar el agua de color azul metálico que relucía bajo el sol de la tarde.

—Ya me conoces —contestó—. Nunca quiero volver a casa. Mis padres están en modo mal humor de forma permanente.

Imani tiró el ancla, y luego se estiró frente a Cady.

—Está yendo a peor, ¿no?

Cady se encogió de hombros; siguió con la mirada los progresos de un bote de vela en la distancia.

Cuando estaban en segundo, Imani y Cady habían trazado juntas el mapa de sus futuros. Ambas estaban aún en los noventa puntos, lo que significaba que Score Corp les cubriría los estudios en cualquier facultad del estado de Massachusetts. Cady iba a estudiar ingeniería, mientras que Imani se decantó por la biología marina. El objetivo de Imani era trabajar para el Departamento de Pesca y Vida Silvestre, restaurando las piscifactorías locales y los criaderos de almejas. En sus sueños más libres, se veía dirigiendo una flota de barcos, con Cady como su ingeniero jefe (con el añadido de que Cady, además, podría diseñar escúteres de primera, claro).

—Mi madre está obsesionada con la universidad —explicó Cady—. Pero ella no fue, así que ¿qué problema hay si yo tampoco voy?

Imani sabía que la madre de Cady, que vendía potes de barro hechos a mano en las ferias de artesanía, habría vendido un pulmón por haber ido a la Facultad de Arte. Pero en aquellos días, después de que la Segunda Depresión borrara del mapa tantas universidades, la educación superior se convirtió en un privilegio exclusivo para los ricos, como lo había sido en un principio. Fue Score Corp la que reabrió esas puertas a la gente como Cady e Imani.

—Sí —repuso Imani—, pero la cosa es que resulta muy duro conseguir siquiera un trabajo digno sin una puntuación decente. He oído que la policía acaba de subir su mínimo a ochenta y cinco.

—¡Cómo si yo quisiera ser de la pasma!

—Sólo lo comento.

—Iré a trabajar con tu padre —dijo Cady—. Él me contratará, ¿verdad?

—Sí, porque estamos desbordados de trabajo en el Embarcadero LeMonde. Tanto que papá está hablando de abrir un pequeño negocio añadido de reparación y modificación de escúteres.

—Perfecto —repuso Cady sin la más mínima pega—. Entonces, todo solucionado.

Observó cómo el bote de vela avanzaba lentamente por el horizonte.

Imani no sabía si el pasotismo de Cady hacia su futuro era auténtico o una actitud defensiva. Con la falta de empleos y la puntuación haciéndose más omnipresente, las empresas podían permitirse ser puntillosas. ¿Por qué contratar a una 71 como Cady cuando podías tener un 89, un auténtico alto que estuviera sólo a un decisivo punto por debajo del límite de recibir una beca de estudios?

—Al menos deberías tomarte un descanso de Gray's Auto —sugirió Imani—. Has estado pasando un montón de tiempo allí, y sus hijos no tienen puntuación. ¿No trabajaba uno de ellos allí?

Cady asintió y pasó a mirar el canal, cuya orilla sur espumeaba contra las rocas manchadas de algas de Corona Point.

—Parker Gray, ¿verdad? —insistió Imani—. Creo que estaba en mi clase de educación física el año pasado. ¿Rubio? ¿Con los dientes torcidos?

—Tiene los dientes bien.

—Ésa no es la cuestión. Al trabajar allí, te estás asociando con él. Quizá sea por eso por lo que tu puntuación sigue bajando.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Fingir que no existe? ¿Fingir que es invisible?

—Sí —contestó Imani—. Son invisibles. Eso es lo que significa ser un no puntuado. ¿No puedes conseguir piezas en algún otro taller?

Un gesto de aprensión asomó al rostro de Cady, y lo intentó disimular guiñando los ojos hacia el sol.

—Tal vez —contestó, con un tono más bajo, una clara señal de que debían cambiar de tema.

Imani podría haber insistido, pero hacía tiempo que habían acordado no hablar de la puntuación en el río, una prohibición que por lo general respetaban. Pero lo relativo a la puntuación tendía a aparecer de repente, sobre todo de un tiempo a esa parte, cuando sólo les quedaban unos meses del último curso y se acercaba la puntuación final.

Imani respiró hondo el aire salado e hizo un esfuerzo consciente para ordenar sus ideas. Allí, en la boca del canal, bajo el impresionante acantilado de Corona Point, el mundo le ofrecía todo un espectáculo. Las gaviotas se lanzaban en picado al

agua, y la sal del aire se le pegaba a Imani en la piel. No había ni un solo ojo a la vista, y aunque su pulsera no dejaba de enviar su localización a Score Corp, en el lugar donde se hallaba no había ni puntos positivos ni puntos negativos. Sobre la alta cima de Corona Point, se vislumbraba, entre dos pinos, la fachada de piedra de una de las mansiones.

Había unas veinte mansiones en Corona Point. Toda la zona era privada y estaba cercada. Ninguno de los niños de allí iba al Instituto Somerton, y ninguno de sus padres guardaba sus barcos en el Embarcadero LeMonde. Los guardaban en Waverly, para no tener que codearse con los pocos almejeros y langosteros que quedaban en la zona.

Cady siguió la mirada de Imani por el acantilado y hasta la cima.

—Ninguno de ellos está puntuado —dijo.

—No tienen por qué —repuso Imani—. Pueden comprar la admisión a cualquier universidad del mundo.

—Qué chanchullo.

—Pareces mi padre —dijo Imani.

Sabía que existían esas desigualdades, pero también sabía que la puntuación no tardaría mucho en ser universal. Eso era lo que decía todo el mundo. Cuando eso ocurriera, si ocurría, no importaría lo rico que uno fuera. Si no tenía puntuación, no llegaría a nada en la vida. Estaría tan condenado como el resto de los no puntuados; como Parker Gray y los de su calaña.

Durante un buen rato, Imani y Cady se quedaron mirando hacia el oeste, donde el distante montículo de Hogg Island engullía el sol en un largo y lento trago.

—Tía, ¿ves ese cielo? —preguntó Cady—. ¿Ves esa mierda?

Había algo mágico en él. Era como si el azul eléctrico se hiciera más profundo y se volviera acerado. Acabaría por en-

rojecer en un último estallido de color antes de que la oscuridad se lo tragara todo.

—¿Eh, Imani?

—¿Qué?

—Lo entendería perfectamente si quisieras pasar de mí.

—Cierra el pico.

—No, lo digo en serio. Sabes que tienes que pensártelo. Antes de que sea demasiado tarde.

—Nada de hablar de la puntuación en el río —remarcó Imani.

—Teníamos doce años cuando hicimos ese pacto —le recordó Cady.

Su lugar aparte, su territorio inadvertido había sido violado por la puntuación, como inevitablemente acababa siéndolo todo.

Pronto oscurecería, pero eso apenas importaba. Aún quedaban tres horas de marea baja y, mientras hubiera agua en el río, Imani podía llevarlas a casa. Lo podría hacer a ciegas, de ser necesario.

—Cady —dijo Imani después de un rato—, hay dos cosas en el mundo a las que nunca renunciaré. Ni por mi puntuación ni por nada más.

—¿Dos cosas?

—Sí.

Cady se lo pensó un momento.

—Oh, ya —dijo después.

Ésa era la marca de la auténtica amistad: lo que no hacía falta decir. Ninguno de los compañeros de Imani con noventa puntos sabría a qué se estaba refiriendo, porque ellos no la comprendían como lo hacía Cady.

Las dos cosas a las que Imani no renunciaría nunca eran Cady y el río.